

Mysophobia Inc.

Te empujan dentro y cierran la puerta a tu espalda. Echan el cerrojo y se escucha el giro de la llave y el golpe del candado al caer. La puerta es de hierro y está oxidada por chorreones de humedad que caen entre los barrotes y los remaches. De rasparte te podría causar tétanos, así que rápidamente das un paso hacia adentro.

El suelo de la celda está pegajoso. No hay mucha luz, pero puedes ver que algo viscoso lo recubre. Y maloliente. Te detienes enseguida para impedir todo movimiento que ayude a la absorción: tus zapatos son viejos, quién sabe la de pequeñísimas grietas por las que podría penetrar esa sustancia, posiblemente tan diminutas que suceda simplemente por capilaridad, y así se empaparán los calcetines, que también traspasará, y llegará a tu piel, donde comenzará a fermentar y formar colonias de moho, hongos y posiblemente líquenes que se extenderán por los pliegues más recónditos de tu cuerpo, de donde ya nunca podrás sacarlos salvo extirpando tiras enteras de carne.

Agitas la cabeza para ahuyentar el miedo, pero no lo consigues, como es habitual. Aún así deberías estar tranquilo: se supone que estás aquí para curarte.

La sustancia del suelo tiene un aspecto mórbido, como de excrementos macerados, y lo cubre todo. Es marrón y verde y oscura, y en algunas partes hilillos de líquido turbio amarillento se deslizan entre suaves ondulaciones como si presas naturales formadas en ese cieno decidieran por sí mismas desbordarse de vez en cuando.

En un rincón hay un catre. Te diriges inmediatamente hacia allí, dando los menos pasos posibles y muy ligeros para no presionar sobre la papilla pestilente y facilitar así su entrada hacia tu cuerpo. El mueble se sostiene en alto, separado de la inmundicia por cuatro delgadas patas.

Cuando subes (ay, has ensuciado las ropas con tus zapatos) te das cuenta de que por lo oxidado de esas patas posiblemente termine rompiéndose bajo tu peso, cayendo sobre la putrefacción y salpicándolo todo, incluido tú. Como ya has estropeado la ropa que lo cubre, no te atreves a sentarte. Permaneces muy estirado, casi tocando el techo. Un rato.

En cierto momento miras hacia arriba. Está húmedo, como casi todo allí, posiblemente a causa de destilados de las sustancias que cubren la celda que hay sobre la tuya. Te apartas un poco al constatar el leve movimiento del líquido y es entonces cuando ves por el rabillo del ojo que hay algo verdoso que parece haber crecido ahí, con algunos toques blanquecinos y forma vagamente fúngica. La humedad que se desliza por la pared termina alimentando la porquería del suelo, que quizás es del mismo tipo pero acumulada durante más tiempo. Puede que ésta a su vez se filtre hacia abajo por una cascada de celdas infinita.

Dejas de divagar y te preguntas por algo mucho más concreto: qué sucederá con la suciedad de las suelas de tus zapatos. A estas alturas ya se habrá traspasado a las ropas del catre, pero ¿continuará su transmisión por las fibras hasta que eventualmente toda la superficie esté contaminada? Quizás si sólo es materia orgánica en descomposición la capilaridad no dé mucho de sí, pero ¿qué sucedería si hubiera organismos vivos, microscópicos, que colonizaran la ropa? Coliges que no sería conveniente que durmieras tumbado, pues podrías despertar con el cuerpo cubierto de una cálida manta viva deseosa de proceder a la lenta y dolorosa descomposición de tu cuerpo. Quizás sólo si te encogieras un poco, en cuclillas y no demasiado bruscamente...

Decides que descalzarte es mejor solución para deshacerte de los restos de cieno. Con cuidado, separando bien los dedos y moviéndolos muy lentamente, tomas entre el pulgar y el índice de la mano derecha tu zapato izquierdo a media altura por el talón, y muy suavemente haces presión y lo empujas hacia abajo con cuidado de no situar la mano debajo de la suela, para que no caiga sobre tu piel ninguna partícula extraña. Es difícil, porque al mismo tiempo tienes

que guardar el equilibrio para no caer y provocar una catástrofe de olor y tacto (por un instante el gusto se añade a la imagen descompuesta que has vislumbrado, lo que te revuelve las tripas). Sientes que poco a poco el zapato se desliza. Con un suave soplido se libera completamente. En un rápido movimiento (sólo de tu mano, el resto del cuerpo es una estatua) lo lanzas al extremo contrario de la habitación. ¡Maldita sea! Lo has hecho demasiado fuerte, ha caído sobre una zona líquida y ha salpicado. Te examinas todo el costado expuesto a ese lado y crees que no te ha alcanzado nada, pero no puedes estar seguro. Dicen que el olfato es más sensible que la vista en algunas situaciones, pero en ésta no quieres que te ayude a dilucidar si has sido contaminado. Sería una locura acercar una parte tan sensible de tu cuerpo como la nariz a una zona ensuciada con... eso.

Procedes, resignado, a efectuar la misma operación con el otro zapato, pero antes tienes cuidado de posar tu pie descalzo en un lugar limpio del catre. Esta vez usas la mano izquierda, que es menos hábil. El zapato se desliza igual de suavemente que el otro, pero al salir se te escurre y cae a la cama, con la mala suerte de que te golpea la muñeca y te deja una mancha gris verdosa. Rápidamente, antes de que ningún microbio pueda reproducirse, la restriegas con fuerza contra las mantas. Sólo te detienes cuando te das cuenta de que el producirte una llaga es suficiente motivo para no seguir frotándote con saña. La piel ha quedado muy enrojecida (te lamentas de tu acción: habrás provocado pequeñas heridas invisibles a simple vista por las que la infección podría tener paso franco). Finalmente tomas el zapato caído y lo tiras junto a su compañero. No salpica esta vez.

Ahora que te has deshecho de la putrefacción que llevabas contigo estudias los lugares de la ropa de la cama que han sido afectados, ya más de la cuenta. Decides agacharte y plegar estratégicamente las esquinas próximas a esos lugares, ofreciendo una capa más de protección a tu cuerpo frente a la descomposición. Luego las apartas para mantenerlas fácilmente localizables

en todo momento. Te acuclillas en la esquina opuesta. Intentas tomar aire y relajarte después de tanta excitación. Te sientes ligeramente más limpio. Un poco.

Muy poco.

La puerta se abre de repente con un fuerte chasquido. Un hombre esbelto entra, vestido con un traje hermético y blanco, que deduces fácil de esterilizar. No le ves el rostro, porque el traje cubre toda la cabeza dejando sólo un visor plateado a la altura de los ojos. Eso debe formar parte del método revolucionario para tu cura. Tampoco le oyes respirar, posiblemente se nutra del oxígeno acumulado en el interior de la holgada vestimenta. ¡Dioses! Debe ser para no aspirar las esporas que seguramente flotan en el aire producidas por las excrecencias de las paredes...

El hombre se acerca y sin miramientos te tira de la camiseta con la clara intención de quitártela. Aterrado ante lo expuesto que quedarás sin esa barrera básica, no puedes sin embargo ejercer mucha resistencia, porque sabes que el catre podría venirse abajo en cualquier momento; además la fuerza del extraño es mucho mayor que la tuya. Asistes pues, desesperado, al acto de quedarte desnudo de cintura para arriba, temblando, aterido, asustado. El hombre termina pronto, y luego se va dejando de nuevo la puerta cerrada. Ni se ha molestado en no darte la espalda por si corrías tras él para escapar. Sabe que eso supondría para ti pisar el suelo directamente con los calcetines, algo que no harás.

Te abrazas a ti mismo para entrar un poco en calor, tratando de no tocarte con la mano que te ensuciaste con el zapato, pero la celda está demasiado fría para que eso suponga ninguna diferencia. Quizás si te arroparas en las mantas... Si tienes cuidado (y vas despacio) no tienes por qué tocar las partes contaminadas.

Estornudas. ¿Te habrás enfriado ya, tan pronto?

Te tapas con un extremo de la ropa. La sacas de debajo del colchón y luego la estiras para cubrirte. Mucho mejor, pronto entrarás en calor. Sin embargo....

Sin embargo acabas de darte cuenta de que el rincón que cuidadosamente dejaste plegado ocultando la suciedad que trajiste en los zapatos ha quedado completamente deshecho. Ahora no puedes ver las manchas, que podrían estar del otro lado, o tocando partes que antes estaban limpias.

Sabes que será mejor que no te muevas de esa posición en un buen rato (eso maximizará el tiempo que estarás a resguardo del contagio) así que te entretienes enumerando las posibles fuentes de toxicidad que te rodean, con la natural intención de memorizarlas mejor y así reaccionar más adecuadamente en el futuro.

Veamos, tienes la humedad que se filtra desde el techo. No es problema si no te acercas a las paredes. Las formas vagamente vegetales que crecen en ellas te dan tanto asco que ni siquiera te giras para mirarlas y constatar que siguen allí (podrían haberse desprendido y caer, quién sabe, sobre tu cabeza, manchando tu pelo, que no podrías limpiar de ninguna forma; imaginas así mismo la alternativa de que pertenezcan al reino animal, babosas o algo por el estilo, y la sensación de que algo así se introdujera entre tus cabellos). Luego está la porquería que has traído al catre. Más adelante tendrás que volver a buscarla (con extremo cuidado de no tocarla) para tenerla localizada. También está el suelo lodoso, por supuesto. Y cuenta con las esporas del aire que seguramente has estado respirando desde que entraste, y las diminutas gotitas que te salpicaron al tirar el zapato y que no viste. Quizás estén ya creciendo y adentrándose en tu epidermis.

¿Se evaporará el líquido que cubre el suelo de manera natural, de forma que lo estés respirando todo el tiempo sin darte cuenta?

Moqueas. Repites de nuevo la secuencia, para que no se te olvide fácilmente.

La repites otra vez. Añades alguna cosa menor, como los probables ácaros que anidan en la ropa que cubre tu pecho desnudo, que aunque poco húmedos no te afectarán menos que las

demás cosas.

Y otra vez.

Pronto te quedas dormido.

¡Despierta! ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿No deberías haber revisado una vez más la situación, por si se has pasado algo por alto o ha cambiado el número de agentes de la podredumbre que habitan a tu alrededor? No (te quejas ante ti mismo), déjame dormir, apenas me ha dado tiempo a cerrar los ojos...

Te duermes.

¡Qué haces! De nuevo has abandonado el mundo, como si te lo pudieras permitir en tu situación.

¡Déjame te digo! ¡Déjame en paz! No hay nadie aquí que pueda cambiar *esa* situación.

¡Sí! ¡Los microbios pueden! ¡La inmundicia puede! ¡El cieno! ¡Los hongos! ¡Las esporas tóxicas que echarán raíces dentro de ti formando bosques que tapizarán los alvéolos de tus pulmones con una superficie gris y aterciopelada y se agarrarán a las entrañas de tus células y se nutrirán del contenido caliente de tus venas y arterias!

Abres los ojos del todo. No estás seguro de haber podido descansar durante más de unos minutos, pero sí de que no podrás volver a intentarlo hasta dentro de un buen rato.

Es extraño, la celda no está completamente a oscuras. Te preguntas de dónde saldrá esa luminosidad verdosa que lo cubre todo. Quizás sea alguna emanación de la misma porquería que te rodea. Has leído en algún sitio que hay hongos que despiden luz.

Bueno, esa luz será lo único que no te podrá ensuciar, eso seguro.

La puerta se abre de nuevo. Entra el mismo hombre que antes, con el extraño traje, tan blanco. Pero a lo único que le prestas atención es a cómo el borde inferior de la puerta ha empujado el cieno hacia delante provocando multitud de derrames de líquido aceitoso sobre la

marisma escatológica. El golpe de pestilencia te marea. No te percatas de que esta vez el hombre lleva una herramienta en la mano.

Busca laboriosamente algo entre las ropas que cubren el catre y a ti, y termina sacando tu brazo izquierdo, que le cedés ensimismado. Acerca la herramienta hasta el dedo meñique y lo cercena con un movimiento rápido, merced a unas cuchillas completamente oxidadas y manchadas de costras marrones. Asistes a todo eso como si estuvieras ausente, pero un segundo después el tremendo dolor te hace despertar de esa rara duermevela.

Chillas como un cerdo.

Te agarras la muñeca de la mano herida con la otra mano, como si eso fuera a detener la hemorragia.

El hombre recoge el trozo de dedo cortado y lo tira al cieno del suelo, donde se sumerge. Luego se marcha cerrando otra vez la puerta.

Haces presión un poco más arriba dando un alarido. Tienes miedo de tocar la herida con una mano sucia.

Duele a rabiar. Palpita como si una máquina de vapor provocara golpes de fuerza terribes en tus huesos. La sangre bombea fuera. Tienes aún la suficiente consciencia como para decidirte a apretar el muñón contra las sábanas y mantenerlo así hasta que te atrevas a mirar si ha coagulado.

Entonces te das cuenta de que no sabes si fue precisamente allí donde manchaste con las suelas de los zapatos.

Te desmayas.

Los párpados se te despegan trabajosamente, como si una mucosidad espesa los cubriera. Antes de que consigas abrirlos del todo sientes de nuevo el dolor en tu meñique izquierdo, que sigue palpitando. Te yergues asustado: estabas tumbado en el catre con parte de un hombro fuera.

De milagro no te has caído al suelo. Apartas la mirada y te concentras en el muñón, que vas a separar poco a poco de la manta para ver si sigue sangrando o no. Una gran mancha marrón rojiza se ha secado a su alrededor. Levantas la mano y observas cómo la manta se eleva con ella. Se ha quedado pegada a la herida.

Pegas un tirón rápido y chillas de nuevo como un animal. A través de una cortina de lágrimas ves que parece no sangrar. La costra se está formando, pero lo que queda de dedo debajo empieza a tomar un color morado nada tranquilizador. Y duele.

¿Qué harás ahora? Te dijeron que la cura de tu misofobia sería dolorosa, pero nunca te imaginaste que fuera a ser de esta manera. ¿Qué será lo próximo? No te atreves a imaginarlo. Buscas con la mirada por el suelo pero ya no distingues tu dedo entre la podredumbre.

También te prometieron terminar extremadamente rápido. Esto lo recuerdas en el mismo instante en que el hombre entra de nuevo. Esta vez ves perfectamente el hacha que trae, cuya hoja desprende terrones de tierra negra y húmeda. ¿O será estiércol?

Se dirige hacia ti.

Cuando despiertas, sientes mucho calor. Notas que es fiebre, que te aprisiona el cuello y los pensamientos. Sientes los párpados hinchados.

Te das la vuelta para ver dónde estás, pero al intentar apoyarte con el brazo derecho sólo encuentras el vacío. Te desequilibras y te sientes caer. De repente golpeas con algo duro y el dolor más terrible que pudieras imaginar nace en tu hombro (donde has golpeado) y se extiende como un relámpago por tu pecho, tu espalda, y hasta tu cintura, haciéndote revolcarte, llorar, gemir, chillar, brincar en espasmos, durante una eternidad. Cuando te calmas un poco te das cuenta de que has caído en algo blando y deslizante.

Estás en el suelo. Has caído al suelo, y ahora tu espalda desnuda nada en el cieno.

Pero lo peor es que al mirar a un lado para confirmarlo (tu oreja se llena de líquido

fermentado y cálido, luego tu mejilla se mancha, y casi llega a entrarte por la comisura de los labios: sientes un sabor amargo y al mismo tiempo familiar, como de fruta) ves la causa de tu tropiezo.

Tu hombro derecho termina en un torniquete que lo comprime inmisericorde (hundiendo el músculo apreciablemente), y un par de centímetros más allá no hay nada. No hay ya brazo alguno que continúe la forma de tu hombro. Te lo han amputado. A hachazos.

Buscas, jadeando, todo alrededor. Te da igual que las heces te salpiquen el rostro, se te introduzcan entre las piernas y lleguen a tus genitales. Pero debes encontrarlo cueste lo que cueste. El dolor es insoportable. Cierras los párpados para alejarlo, pero los vuelves a abrir rápidamente ante la inutilidad de tal acto. Sigues examinando a un lado y a otro. Finalmente ves algo, allí al fondo, lejos de donde te atreves a llegar. Sólo se vislumbra parte de un codo. El resto se introduce en la ciénaga como si ésta tuviera medio metro de profundidad.

Se lo está tragando. La celda se está tragando tu brazo amputado, al igual que se tragó anteriormente tu meñique.

Oh, Dios mío. De repente comprendes de qué destilado fermentado está compuesta la humedad que se filtra desde el techo y que se termina estancando en el suelo, y que se vuelve a filtrar hacia la celda de más abajo...

Son los restos de otros enfermos. ¿Cuántos más habrá que solicitaron el mismo milagroso tratamiento para acabar con su fobia? Una infinidad, seguro, para que la empresa obtenga pingües beneficios.

Sollozas.

Porque comprendes que la única cura real y rápida que existe para tu enfermedad es la muerte: la maceración definitiva de tu cuerpo en excrementos pastosos. Eso, y nada más que eso, es lo que aceptaste al firmar el contrato.

La puerta se abre por cuarta vez. Ves al hombre invertido. Boca abajo como está, sin embargo, es fácil ver lo que trae ahora.

Pone en marcha la sierra eléctrica (el cable se desliza detrás suya dibujando surcos en el lodo putrefacto) y acerca a tu cintura sus decenas de dientes mellados y manchados. Te envuelve el humo y el olor a combustible. Gritas:

-¡Lo he comprendido! ¡Lo he comprendido!

Gritas con la cara apoyada en el suelo. La boca se te llena de porquería, el olfato se te embota de tanto hedor, la voz se te ahoga en borbotones, sientes cómo la sustancia en descomposición desciende caliente por tu garganta para acumularse en tu estómago y propagar gusanos y bacterias por todo tu cuerpo. Pero para convencer al carnicero de una repentina curación que pueda salvarte del descuartizamiento eso no es suficiente. Dejas pues que la porquería se introduzca en ti, con docilidad. Sorbes, de hecho, directamente del suelo para tomar más de esas heces semilíquidas. Ríes, lloras, tragas, toses, vomitas, vuelves a lamer las sustancias mezcladas sin recato, haciendo alarde de tu supuesta cura.

Cuando la sierra desciende inmisericorde, cierras los ojos por última vez en tu vida. Los excrementos se deslizan lentamente, grumosos, por tu barbilla.